

Tema 6. El pensamiento helenístico

El pensamiento helenístico se desarrolla durante el helenismo, es decir, el **período histórico comprendido entre la creación del Imperio de Alejandro Magno, a finales del siglo IV a.C., y la conquista romana en el año 148 a.C.** La ampliación del horizonte político que supuso el Imperio de Alejandro trajo consigo dos elementos que determinaron la decadencia del pensamiento griego.

Por un lado, con la separación del individuo de la polis, el ciudadano ya no se siente ligado a una comunidad próxima a su circunstancia vital, donde el ciudadano de la época clásica había encontrado el marco básico para su desarrollo personal. Esta situación se refleja en varios aspectos del pensamiento helenístico, como la **superación del providencialismo** y la **reivindicación del mundo como patria** (cosmopolitismo) o la creencia de que la felicidad del individuo no coincide necesariamente con el bien del Estado. **Ahora, las soluciones éticas ya no son soluciones políticas como en Platón y Aristóteles, sino soluciones que competen a cada uno en particular.**

Por otro lado, el Imperio supuso que la cultura griega superase los límites geográficos de la nación, provocando la **helenización de otras tierras y culturas** y, a su vez, la **entrada en el mundo griego de elementos orientales**, lo que afectó también a la propia filosofía, destacando diversas escuelas entre las que se suscitan polémicas, pero también influencias mutuas.

Por su parte, la **ciencia helenística** constituye el momento de máximo esplendor de la ciencia griega, que transcurre en su mayor parte entre los **siglos III y II a. C, en Alejandría**, durante el reinado de los reyes Ptolomeo. Este período se relaciona directamente con la fundación, por Ptolomeo I Soter (el salvador), del **Museo**, templo dedicado al honor de las Musas y destinado a convertirse, con Ptolomeo II, en el centro cultural del mundo helenístico. El Museo contaba con aulas, salas de disección, observatorio astronómico, jardín botánico y zoológico, y estaba dividido en cuatro

secciones: literatura, matemáticas, astronomía y medicina-biología. Junto al Museo se construye una gran **Biblioteca** que reúne todo el conocimiento del mundo antiguo.

Euclides, Arquímedes de Siracusa, Eratóstenes de Cirene, Aristarco de Samos e Hiparco de Nicea, **Hipatia de Alejandría**, Ptolomeo, Hipócrates o Galeno son algunos de los nombres más célebres de la ciencia helenística.

Las **éticas helenísticas** están dirigidas a la consecución de un bien supremo o fin último al que aspiran todos los seres humanos, y que coincide con la felicidad. De ahí que también se llamen **éticas de la felicidad**. El problema reside en que no todos entienden la felicidad de la misma forma, lo cual demuestra que, como decía Aristóteles, todos estamos de acuerdo en que queremos ser felices, pero en cuanto intentamos aclarar cómo podemos serlo empiezan las discrepancias. Veámoslo a continuación.

La felicidad como autosuficiencia en los cínicos

Los cínicos son miembros de una corriente o movimiento fundado por Antístenes en el **gimnasio de Cynosarges (el perro blanco)**. De ahí deriva probablemente el nombre de cínicos o perros, que designa también la **voluntad de una vida errante o “perruna” (en griego kynikós)**. Entre los filósofos cínicos más importantes destaca **Diógenes de Sínope** (del que se decía que vivía en un tonel y llevaba un aspecto transgresor), **Crates de Tebas y su mujer Hiparquia de Maronea** (que practicaban la kinogamia, un matrimonio informal basado en la igualdad y el consentimiento mutuo), y Zenón de Citio, fundador del estoicismo.

Según los cínicos, **el hombre es bueno por naturaleza** y, por tanto, la auténtica virtud consiste en vivir conforme a la naturaleza, según el **ideal de autarquía y autosuficiencia**. El sabio cínico busca la virtud y valora la **libertad radical del individuo por encima de las convenciones sociales**, las instituciones y las normas de conducta. En eso consiste la autarquía. El sabio cínico busca la virtud y no desea **ni bienes ni placeres**. Para ser feliz es preciso bastarse a sí mismo. En eso consiste la autosuficiencia.

Más que elaborar un sistema doctrinal, forjaron ejemplos de comportamiento, pues la virtud para ellos no es un saber sino una forma de conducta o un modo de vida basada en el esfuerzo, la austeridad y el autodomínio.

La felicidad como autosuficiencia en el estoicismo

Su nombre proviene del griego *estoa poikile*, que era el pórtico pintado del ágora en el que enseñaba **Zenón de Citio, fundador de la escuela**. Al igual que los cínicos, los estoicos también creen que **la virtud consiste en vivir conforme a la naturaleza**, pero para averiguar qué significa esto les pareció indispensable descubrir cuál es el orden del cosmos, ya que solo así sabremos cómo debemos comportarnos en él.

Pues bien, **la ética estoica se basa en la concepción del orden cósmico de Heráclito**, según la cual todo el universo se encuentra gobernado por una **ley, principio o razón universal** que controla y determina el destino de todo lo que en él acontece, incluida la vida humana. De ahí concluyen los estoicos que, puesto que los seres humanos también participamos de esa razón universal, mediante la nuestra, el sabio es aquél que sigue conscientemente en su interior las leyes del destino o razón universal. Esta idea se expresa en la máxima moral estoica: **“vive de acuerdo con la naturaleza”**. Porque el que vive conforme a la naturaleza, vive conforme a la razón, y el que vive conforme a la razón vive conforme a lo mejor y más dominante de sí mismo, que coincide con la ley de la naturaleza. Por tanto, **la vida virtuosa se consigue ajustando la propia conducta al orden universal**.

Esta aceptación del destino consiste en la **tranquilidad de espíritu o imperturbabilidad (apátheia): permanecer impasibles ante todo aquello que no podemos controlar**. Por tanto, el sabio estoico es aquél que acepta que no puede controlar el destino y afronta con serenidad los avatares y adversidades de la vida, mientras que el necio es aquél que se rebela contra la necesidad, lo que produce malestar. Ahora bien, esto no es algo innato, sino que hay que aprenderlo. El sabio es aquella persona que ha aprendido a **dominar, someter y eliminar las pasiones** que nos encadenan y nos arrastran (el placer, el dolor, el odio, el

temor, el deseo...). Solo así, mediante el autocontrol y el autodomínio, se alcanza la tranquilidad de espíritu.

No obstante, cabe aclarar que la aceptación que reclaman los estoicos no debe interpretarse como resignación, conformismo o inactividad, puesto que los estoicos destacan por su **crítica social y política**, entre ellas la demanda de abolición de la esclavitud. Así, cuando hablan de **aceptar el orden natural** que emana de la razón universal que rige todos los acontecimientos, se refieren a que debemos tratar de conocer su logos, su sentido, para orientar nuestra vida en consonancia y **no lamentarnos por aquello que es inevitable**, como por ejemplo, nuestra condición mortal.

Junto con Zenón, los estoicos más conocidos fueron Crisipo de Soli, y los romanos **Séneca, Epicteto y Marco Aurelio**. El estoicismo es además de una doctrina, una actitud ante la vida. Su ideal de un férreo dominio de la voluntad es un anuncio de la autonomía kantiana.

La felicidad como placer en el hedonismo

La palabra hedonismo **proviene del término griego *hedoné* que significa “placer”,** y más concretamente, **“placer físico o de los sentidos”**. De este modo, se considera hedonista toda doctrina que identifica el placer con el bien supremo, aquello que todos los seres humanos perseguimos, y **concibe la felicidad en el marco de una vida placentera**. Existen, sin embargo, distintas maneras de entender esa vida placentera.

Así, por ejemplo, **los cirenaicos**, una escuela iniciada por Aristipo, discípulo de Sócrates, sostienen que la finalidad de nuestra vida es el placer, entendido en sentido positivo como goce sensorial, mientras que **Epicuro, fundador del epicureísmo**, distinguió dos tipos de placer: el **dinámico** y el **estático**. El primero es la acción de gozar procurándose un placer o satisfaciendo una necesidad. El segundo consiste en la **ausencia de dolor y turbación**. Es el estado que Epicuro llama **ataraxia**. Literalmente, sin turbación. Pues bien, como toda experiencia placentera, por intensa que sea, es siempre breve y limitada, Epicuro sostiene

que **solo el placer estático da la felicidad. La tranquilidad o imperturbabilidad del espíritu es la verdadera esencia de la felicidad.**

Ahora bien, **no todos los placeres y dolores son iguales.** Por tanto, deberemos acudir al intelecto para calcular qué placeres son más intensos y duraderos, cuáles tienen menos consecuencias dolorosas, y cuáles debemos evitar. Es decir, el intelecto moral es un intelecto calculador. La persona sabia es justamente aquella que sabe organizar su vida conforme al llamado “**cálculo hedonista**”, esto es, la evaluación del placer y el dolor que se derivan de un acto y sus consecuencias. Así, es posible que debamos escoger un dolor porque a largo plazo nos reporte placer, o que debamos prescindir de un placer, por intenso que sea, porque a la larga nos reporte dolor. Para poder hacer este cálculo, Epicuro distingue tres tipos de deseos y propone una serie de normas para maximizar el placer y minimizar el dolor:

Deseos naturales necesarios: son necesidades primarias y biológicas, como alimentarse, beber y dormir. Su satisfacción siempre hace feliz al ser humano.

Deseos naturales no necesarios: nacen del deseo de los seres humanos de variar y obtener más placer de la vida. Por ejemplo, satisfacer el apetito con un plato exquisito y no con un trozo de pan, satisfacer la sed con un vino y no con agua, o dormir en las camas más cómodas. Estos deseos debemos moderarlos.

Deseos no naturales no necesarios: el lujo, el poder, la riqueza, la fama, la gloria, el prestigio y los honores son deseos a los que debemos renunciar, pues no se sacian nunca. Cuanto más tenemos, más queremos.

La felicidad consistirá, por tanto, en liberarse de las **complicaciones innecesarias**, ajustar los deseos a una **vida austera, cultivar la amistad y abstenerse de la vida política.**

Al igual que ocurriera con el estoicismo, el epicureísmo es además de una doctrina, una actitud ante la vida. La diferencia radica en que mientras los estoicos cifran el ideal de

sabiduría en la imperturbabilidad, el epicureísmo lo hará consistir en un goce bien calculado. Esta idea del intelecto calculador ha tenido una gran influencia filosófica, especialmente en la modernidad, con el llamado **hedonismo social o utilitarismo**.

Fundado por **Jeremy Bentham** y desarrollado por **John Stuart Mill**, el utilitarismo inglés de los siglos XVIII y XIX supone una recuperación del hedonismo clásico de Epicuro, pero reivindicando su aplicación al ámbito público. Es decir, vinculan la felicidad al placer, pero mientras que el hedonismo clásico entiende la felicidad a nivel individual, el utilitarismo entiende la felicidad como felicidad colectiva. De hecho, fundamentan la conducta moral y, en general, la vida social sobre el llamado **principio utilitarista**, formulado por Stuart Mill, y según el cual “el fin último por razón del cual son deseables todas las otras cosas es una existencia exenta de dolor y abundante en goces, en el mayor grado posible tanto cuantitativa como cualitativamente”. De acuerdo con este principio, **las acciones y las cosas, pero también las leyes y las instituciones, son moralmente buenas sin son útiles, es decir, si proporcionan mayor placer o felicidad al mayor número de personas**. El placer es, por tanto, un bien común o bien general.

Este principio se concreta en el llamado **cálculo utilitarista**, formulado por Jeremy Bentham, y consistente en una aritmética del bienestar que se aplica a las ventajas y desventajas en el balance final de las decisiones. Bentham creyó que con esta información se podría establecer una reforma social encaminada a lograr la mayor felicidad posible para el mayor número posible de personas.

Visionado de la película **Ágora**



En el siglo IV, Egipto era una provincia del Imperio Romano. La ciudad más importante, Alejandría, se había convertido en el último baluarte de la cultura frente a un mundo en crisis, dominado por la confusión y la violencia. En el año 391, hordas de fanáticos se ensañaron con la legendaria biblioteca de Alejandría. Atrapada tras sus muros, la brillante astrónoma Hypatia, filósofa y atea, lucha por salvar la sabiduría del mundo antiguo, sin percibir que su joven esclavo Davo se debate entre el amor que le profesa en secreto y la libertad que podría alcanzar uniéndose al imparable ascenso del cristianismo.